
LA REGENERACIÓN

REVISTA SEMANAL DE ACCIÓN CATÓLICA

Sumario

Beatísimo Padre.—Datos biográficos de S. S. Pio X.—Pio X sabio.—Pio X y la acción social.—Pio X músico.—Tu es Petrus...—Función Jubilar.

Beatísimo Padre

Se va á celebrar la última y gran fiesta oficial del año de vuestro Jubileo Sacerdotal.

El mundo católico que, durante todo este año, se ha excedido en daros muestras de amor de respeto y de adhesiones y, en Vuestra Sagrada persona, á Jesucristo nuestro Divino Redentor á quien representais en la tierra, y de cuya Religión sois cabeza suprema y visible, quiere, en el día 16 de Noviembre, daros la más entusiasta prueba de su fé y de su amor filial.

España insiguiendo su tradicional veneración á la Santa Sede os ha enviado un delegado especial que en representación del jefe de la Nación os salude y os felicite, todos los pueblos de la patria católica se preparan á festejaros en ese solemne día y Gerona que, movida y exhortada por nuestro Ilmo. Sr. Obispo, no ha cedido á ninguna otra Diócesis de España ni en entusiasmo ni en generosidad, quiere coronar las fiestas jubilares, con una última manifestación de su catolicismo y de su amor al Padre y Pastor de la Religión Cristiana.

Teneis derecho á ello, Santísimo Padre, por Vuestra alta y sagrada representación y por los méritos y virtudes personales que abrillantan Vuestra dignidad, y es muy justo que vuestros hijos admiren y paguen con entrañable amor, Vuestra entereza en de-

fender los derechos de la Iglesia, Vuestra prudencia en regirla, Vuestra sagacidad en descubrir é inutilizar la malicia de los errores modernos, Vuestra paciencia en sufrir con dulce resignación las amarguras inherentes á vuestro cargo, Vuestro celo por estender y arraigar en todas partes la fé cristiana hasta convertir en hermosa realidad la aspiración única de Vuestro Pontificado: «Regenerar todas las cosas en Cristo».

Beatísimo Padre: LA REGENERACIÓN, esta humilde Revista de Acción Social Católica, que al nacer lo primero que pidió fué Vuestra Bendición, que mereció recibirla con palabras de aliento y de consuelo que Os dignasteis enviarnos, que tiene por lema el Vuestro, por programa el emanado de esa Sagrada Cátedra y aconsejado tantas y tan repetidas veces á los católicos españoles, para ver lograda su unión y pacificación, se acerca hoy, una vez más, á los pies de Vuestro Augusto Trono, felicitándoos por Vuestro Jubileo, y manifestándoos todo el cariño, todo el respeto, toda la incondicional adhesión de sus redactores á Vuestra Sagrada Persona, á Vuestras doctrinas y á todas Vuestras menores insinuaciones que, aun fuera del terreno de la fé y de las costumbres, son para nosotros dignas del mayor respeto.

Estos son nuestros votos al concluir este año Jubilar, pidiendo á Dios nos conceda el consuelo de ver prolongada Vuestra preciosa vida y de poder felicitar á ese Padre de corazón tan sencillo y tan amoroso en las bodas de oro de su ordenación sacerdotal.

Besan humildes los pies de Vuestra Santidad,

LA REDACCIÓN.

Notas biográficas de S. S. Pío X.

La Iglesia, cuyo ideal es el levantar y enaltecer al hombre en todos los órdenes de la vida, pero principalmente en sus relaciones para con Dios, ya desde su origen pareció tener cierta predilección y preferencia para con los pobres y humildes.

Fundada por el pobre obrero de Nazaret, que escogió á sus apóstoles de entre el pueblo sencillo, llamando para cooperadores suyos á unos pobres y rudos pescadores; los primeros, que acogió en su seno,

los primeros, que cobijó bajo su manto maternal fueron los pobres, los débiles, los despreciados y los esclavos.

Y su clero, en todas las épocas de la historia lo ha escogido de las clases pobres y humildes; las grandes dignidades, los príncipes de la Iglesia en su mayor parte, hasta los Gerarcas Supremos, que en número de doscientos cincuenta y nueve, han regido con sabiduría y prudencia admirables por espacio de veinte siglos los destinos de la Esposa de Jesucristo, deben también en su mayor número, el origen á familias humildes y de modesta condición social.

Al tener que trazar en nuestra humilde revista la biografía del Pontífice reinante, cuyo jubileo sacerdotal celebra lleno de gozo el pueblo cristiano, sólo tememos el oscurecer y rebajar su figura, y no presentarla á los ojos de nuestros lectores en toda su grandeza y esplendor. Quisiéramos poder seguir paso á paso toda su vida, que es toda ella un tejido de grandes y hermosas virtudes, pero no nos lo permite la extensión de nuestra publicación.

En esta imposibilidad nos contentamos con trazarla, aunque sea á grandes rasgos, á fin de conocer más de cerca al dignísimo Vicario de Jesucristo, á quien con tanto regocijo festeja en estos dias la Iglesia universal.

El grande, á la vez que sencillo y humilde José Sarto, hoy Pío X, vió la luz primera en un pueblecito de la diócesis de Treviso, en el reino lombardo-véneto, llamado Riese, debiendo su origen á una sencilla y modesta familia, pobre en bienes de la tierra, pero rica, muy rica en virtudes y en sentimientos cristianos: nació el dia 2 de Junio del año 1835. Sus virtuosos padres se desvivieron para darle una educación sólidamente cristiana, que fué coronada con la vocación del niño José Sarto al estado sacerdotal, en el que tanta gloria había de dar un dia á Dios, y tanto habrá de aprovechar para el bien de su Iglesia. Dió principio á sus estudios en Riese, siendo después enviado al Colegio de Contelfranco (Venecia) en donde demostró aptitudes admirables para todos los ramos de la ciencia.

Después de muy grandes y brillantes resultados en sus estudios, vistió el traje talar y entró en el Seminario de Padua, del cual salió acabados sus estudios de Teología y ordenado ya de diácono. La salida del Seminario fué para el joven José Sarto sumamente dolorosa; es que como modelo y ejemplar de Seminaristas, había cobrado afecto profundo y entrañable á aquellas cosas, donde se había formado su espíritu en la ciencia y en la virtud en que tanto había de resplande-

cer un día en la más encumbrada dignidad de la Iglesia, adquiriendo al mismo tiempo aquel temple dulce al par que enérgico, que en él tanto admiramos, y al abandonar el piadoso joven y ejemplar levita aquella casa, nido de sus más puros amores, no puede menos que anegar sus ojos en lágrimas.

Gratos recuerdos de hermosas virtudes dejó José Sarto en el Seminario de Padua, muchos ejemplos de edificación recojieron de él sus compañeros, quienes le veneraban por su corazón sencillo y generoso, por su celo verdaderamente apostólico y por su carácter jovial, complaciente y cariñoso, pues en su virtud no era huraño y retraído, sino simpático, alegre y expansivo, atrayendo á sí de esta manera á los que le trataban.

Un mes después de su salida del Seminario de Padua, recibía el Sagrado Orden del Presbiterado de manos de Mons. Antonio Jovina, Obispo de Treviso, quien le profesaba un paternal cariño, y eligió en obsequio suyo, para la sagrada ceremonia, la iglesia de Contelfranco, donde se hallaba de paso en visita pastoral. José Sarto, debió obtener para el acto de su ordenación dispensa de seis meses, pues sólo contaba en aquel entonces 23 años de edad. Un día, después de su ordenación sacerdotal, el día 18 de Septiembre del 1858, subía por vez primera las gradas del altar, para celebrar su primera misa en su pueblo natal, Riese, y en ella su madre y hermanos recibieron de manos del nuevo celebrante la sagrada comunión, desarrollándose, como es natural, una escena conmovedora y de edificante piedad.

Algunos días después recibía el joven sacerdote el nombramiento de *curato* de Tombolo, dando así el primer paso en la carrera parroquial, tan fecunda en obras de celo y en frutos de santificación.

En vano procuraba José Sarto en su modestia rodear de humilde oscuridad sus grandes cualidades y relevantes méritos, pues el esplendor de sus virtudes no podía ocultarse á sus superiores jerárquicos, de quienes recibió en 1866, á los treinta años de edad, el nombramiento de cura-arcipreste de Salsano, parroquia de unos 3.400 habitantes, dedicados casi en su totalidad á los trabajos agrícolas. Prometió el nuevo párroco en su sermón de entrada ser «el hombre de todos» y hacerse, según se hizo S. Pablo, «todo para todos, para ganarlos á todos», y de tal manera llevó al cumplimiento su promesa, que al poco tiempo había ya convertido la iglesia y casa rectoral en un centro de atracción y vida cristiana, y en casa paternal de todos sus feligreses, para quienes fué siempre maestro, padre, consejero y bienhechor amantísimo.

En sus visitas á los enfermos era incansable, y de una constancia de hierro en la predicación de la divina palabra y enseñanza del catecismo á los niños, que los atraía con su dulzura y amabilidad exquisitas. Fué azotada la parroquia de Salsano por el cólera, y entonces fué cuando la abnegación y el valor del celoso arcipreste realizaron verdaderos prodigios para atender á todos y á todo; rasgos heróicos de generosidad y misericordia embellecen esta parte, la más típica de la vida de Sarto, pero son tantos que harían interminable nuestro relato. Ellas dan á su fisonomía moral aquel sello altamente evangélico que tanto enamora en los pastores de las almas. José Sarto, en su vida parroquial es el ideal del pastor de las almas, las energías de su espíritu eran copiosas, y su acción se multiplicaba en todos sentidos.

No contento con hacer de sus feligreses imágenes vivas de Jesucristo, y templos consagrados á su honor quiso también para su Rey un templo material digno de El, y á este fin emprendió y realizó grandes reformas en la iglesia de Salsano que había encontrado en estado lastimoso.

José Sarto, no atendía solamente á las necesidades espirituales de sus feligreses, sabía muy bien que el hombre no vive sólo del pan de la divina palabra, sino que necesita del pan material, y que á veces primero se le ha de procurar éste, para hacerle entrar en deseos del pan del espíritu. Su fórmula en el cuidado de sus hijos, era «pan y catecismo». El que era una imagen acabada de Jesucristo entre los hombres, fué también un trasunto de sus virtudes, y llevado por el amor grande que tenía á los pobres, sentía en su alma y se compadecía también á semejanza de su divino ejemplar de las miserias de su pueblo, hasta el punto de no haber miseria, ni necesidad que no encontrara en él pronto, seguro y eficaz remedio, trabajó incansable por el bienestar de los pobres, extendiendo sus trabajos también en favor de los infelices emigrantes, tan numerosos en Italia, convirtiendo así su casa en una especie de secretariado del pueblo á donde afluían cartas de diversas naciones.

Celo ardentísimo y prudencia exquisita demostró José Sarto en el exacto cumplimiento de sus deberes sacerdotales y en la dirección de su parroquia, tanto que encontrándose de visita pastoral el Obispo de Treviso quedó admirado de la grande actividad y fecundo ministerio del arcipreste de Salsano, proclamándole modelo de sacerdotes y pastores. Y comprendiendo lo mucho que podía aprovechar en un campo más dilatado de acción le nombró canónigo de su catedral.

Ancho campo se abrió al celo apostólico del nuevo canónigo, quien bien pronto brilló en el Cabildo de Treviso por sus grandes y excelentes cualidades de maestro y apóstol, siendo promovido muy presto á las primeras dignidades, y elegido después Vicario General del Obispado. Sus excesivos trabajos no le fueron estorbo para seguir dedicándose al ministerio de las almas, y encargarse de la dirección espiritual del Seminario, donde brilló de nuevo por su saber y por su virtud.

En vano procuraba el canónigo Sarto, llevado de su modestia, ocultar sus excelentes méritos, inútilmente pretendía permanecer oculto á los ojos de los hombres, si era grande y muy grande á los ojos de Dios, quien se esforzaba en hacerle sobresalir sobre todos, mientras él se hacía y consideraba como el más pequeño.

El resplandor de las buenas cualidades y santidad de José Sarto llegó hasta Roma, y los perfumes de sus virtudes penetraron hasta los recintos del Vaticano. Una mañana el Obispo de Treviso llama con voz conmovida á su Vicario General Mons. Sarto, y pone en sus manos un breve pontificio que le nombraba Obispo de Mantua, en lo cual recibieron duro golpe su humildad sincera é inalterable modestia. Profundamente abatido y emocionado suplicó á su prelado que le ayudase á librarse de aquel honor que en su humildad consideraba inmerecido y superior á sus fuerzas; pero esta su misma arraigada humildad é inquebrantable obediencia le obligaron á someterse á las exhortaciones de su Obispo, quien señalándole un crucifijo pendiente de la pared, le dijo: «He aquí como el Señor nos ha amado; se ha hecho obediente hasta la muerte.»

Fué preconizado como Obispo de Mantua por León XIII, en el consistorio de 10 de Noviembre de 1884; algunos días después tuvo lugar su consagración, y fué recibido luego en audiencia por el Sumo Pontífice, quien le regaló un magnífico pectoral y le dirigió estas hermosas palabras: «Si la diócesis de Mantua no ama á su nuevo Pastor es señal de que no puede amar á ninguno, pues Monseñor Sarto es el más amable de los Obispos». La carta pastoral, que dirigió á sus diócesanos antes de tomar posesión del Obispado, rebosa en todas sus páginas la bondad y dulzura de su corazón.

En Abril de 1885 presentó las Bulas al Capítulo de su nueva diócesis y en el sermón de entrada causó profunda emoción á sus fieles, al prometerles arrastrar por ellos toda clase de fatigas y sacrificios.

Dilatado era el campo que Dios le encomendaba á su vigilancia, y

en el cual el Obispo Mons. Sarto desplegó todas las energías de su celo; pero muy pronto produjo frutos de bendición, originándose bajo la acción paternal de su caridad y fineza de espíritu, un espléndido renacimiento de vida cristiana. Como que la caridad era el móvil de su acción fecundísima y la que informaba todas sus obras, fué muy extensa y muy profunda la influencia santificadora del nuevo Obispo.

Como base y fundamento de la regeneración de su diócesis, puso todas sus energías en la reforma del Seminario, donde consiguió encender el espíritu apostólico y elevar el nivel intelectual. El mismo tuvo durante varios años el Seminario bajo su inmediata dirección, no desdendiéndose de regentar alguna cátedra, especialmente la de Sagrada Teología. Al publicar León XIII de feliz memoria, su célebre encíclica sobre el estudio de Sto. Tomás, el Obispo Mons. Sarto ordenó inmediatamente su más exacto cumplimiento en Mantua, pagando de su propio peculio la *Summa Theológica*, á los alumnos pobres, que por falta de recursos no podían adquirirla. Convencido profundamente, de que el pastor para conocer á sus ovejas no ha de permanecer distanciado de ellas, sino que ha de vivir en su continua comunicación, púsose en contacto íntimo con sus diocesanos por medio de frecuentes visitas pastorales, en las cuales no olvidaba que á más de superior había de ser padre bondadoso, y por eso se rodeaba siempre de una atmósfera de sencillez apostólica, que le atraía la confianza filial de sus hijos, sin dejar por esto de corregir enérgicamente sus abusos.

En 1887 convocó un sínodo diocesano en cuya organización y dirección tomó parte muy activa y personal, logrando con él la restauración de las costumbres en su diócesis. Su vida era activa en extremo; tenía su confesionario en la catedral, en el que se sentaba ordinariamente todos los días; daba varias horas de audiencia; visitaba enfermos; predicaba con frecuencia. En el campo de la acción social no pasó desapercibida la influencia benéfica del Obispo Sarto dando grande impulso á las conferencias sociales, secciones de jóvenes, comités parroquiales, seguros y ahorros, cooperativas, etc. etc., el santo Prelado se preocupaba no sólo de las necesidades espirituales de sus hijos, sino que como *buen pastor* atendía también á las necesidades materiales de sus ovejas.

Permaneció con celo verdaderamente admirable trabajando en la diócesis de Mantua por espacio de nueve años, saliendo varias veces para ir á Roma, llamado por León XIII, á fin de consultarle en varias ocasiones sobre asuntos dudosos y de capital interés.

Digna corona de sus trabajos apostólicos llevados á cabo en los años de su ministerio, justo premio de una vida santa y ejemplar de simple sacerdote y después dignísimo Obispo merecida recompensa de los muchos servicios prestados á la Iglesia y al Pontífice, fué su exaltación al Cardenalato el día 15 de Junio de 1893, recibiendo al mismo tiempo que la púrpura cardenalicia, la investidura altísima de Patriarca de Venecia. José Sarto Cardenal de la categoría de los cardenales presbíteros y su iglesia titular en Roma fué la de San Bernardo *ad Termas*.

Por razón de tener su residencia en el Patriarcado de Venecia, diócesis á la sazón rudamente combatida por la propaganda anticatólica, no pudo el Cardenal Sarto residir *in curia* siendo por lo tanto contado entre los cardenales *extra curia*. Por espacio de diez años ejerció sus ministerios pastorales en el Patriarcado de Venecia, sin perturbaciones de ningún género, antes al contrario se granjeó la veneración de los católicos y el respeto de sus enemigos. Bajo su patriarcado prosperaron de una manera prodigiosa en Venecia las instituciones católicas, y la piedad junto con un excelente sentido práctico en el gobierno de de la diócesis conquistaron para el santo y sabio Cardenal, la veneración y amor de todos sus diocesanos, quienes aún le veneran, y los pobres le recuerdan y hablan aún de él, como de su padre más cariñoso, pues fué para ellos realmente padre, hasta el extremo de privarse de lo necesario para darlo á los pobres, tanto que de su asignación anual, que era de 1000 liras, muchas veces se vió privado de lo necesario para el sustento de su casa y servidores. El palacio del Sr. Cardenal de Venecia era verdaderamente la casa de los pobres. Las dotes extraordinarias que reveló José Sarto en su última diócesis le merecieron el cargo más encumbrado en la Iglesia de Jesucristo. El afecto que sus diocesanos le profesaban era extraordinario; apiñada multitud fué á despedirle á la estación, cuando marchaba el Cardenal Sarto á Roma, para asistir al Cónclave en el cual se había de elegir al sucesor del inmortal León XIII; el pueblo veneciano le despedía con las lágrimas en los ojos, presintiendo que le perdían para siempre; en vano el Cardenal procuraba consolarles enseñándoles el billete de ida y vuelta, pues la *vuelta*, está en el Museo de Jorge Rey de Grecia (regalo que le hizo Pío X en ocasión de su visita á Roma) y José Sarto, en el Palacio Vaticano.

Este es el padre común de los fieles, á quién festeja el mundo entero, con motivo de su jubileo sacerdotal; éste es el timonero experto,

que con tanto acierto rige los destinos de la Iglesia; este es el Pastor universal, á quien honran las naciones mandándole embajadas extraordinarias, para dar más realce y esplendor á sus fiestas; este es aquel santo y sabio Prelado á quien por sus muchas virtudes y relevantes méritos profesaba un amor muy grande el gran León XIII, hasta el punto de haberle dicho repetidas veces, que la Iglesia podría reconocerle algún día, como su supremo Gerarca, y que no tendría porque arrepentirse de ello; y en la última visita de José Sarto á León XIII, presintiendo éste ya el próximo momento de su muerte, díjole, que presentía también, que alguien más digno había de sucederle en el gobierno de la Iglesia, y «quizás sereis Vos, dijo, el encargado de asumir tan pesada carga». Acogió el Cardenal Sarto con el mayor asombro la inesperada indicación del Papa, y como intentara contestar, manifestando que tan elevada misión era muy superior á sus fuerzas, le replicó el Pontífice: «hijo mio, me consta que podeis prestar grandes servicios á la Iglesia, porque poseeis cualidades que os harán de inestimable valor.» Los presentimientos de León XIII llegaron á convertirse en realidad, y si *l' esfumata* del 4 de Agosto de 1903 anunciaba al pueblo romano que la Iglesia y el pueblo cristiano habían salido ya de su triste orfandad, pocos momentos después, desde la *Loggia* de la Basílica de San Pedro del Vaticano, el Cardenal Macchi anunciaba al mundo entero la más gran alegría.

Anuntio vobis gaudium magnum. Habemus Pontificem, Cardinalem Josephum Sarto, nomine Pii X.

«Os anuncio una grande alegría. Tenemos Papa, que es el Cardenal José Sarto, y ha tomado por nombre Pio X.»

Después de haber derramado muchas lágrimas y de muy repetidas instancias del colegio de cardenales, aceptó el Cardenal Sarto la pesada carga del Pontificado.

Sucedió Pio X, á León XIII, no para seguir, según frase común y equivocada, una política diferente de aquél gran Pontífice. Los Papas sólo tienen una política, que es la dirección y gobierno de la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo; y si son diversos los procedimientos, si son diferentes los actos de los pontífices, es porqué cambian las circunstancias de los tiempos, es por ser otras las necesidades por que atraviesa la Iglesia.

Los Papas no hacen como los partidos, que suben para destruir lo que el otro edificó no suben para enmendar la obra de sus antecesores.

El Cardenal Sarto Papa, en nada se diferencia de Mons. Sarto Obispo. Las mismas cualidades que hemos admirado en todo el trascurso de su vida, relucen también en el que es hoy Vicario de Jesucristo. Su carácter es franco, sencillo y atractivo, su corazón suave, tierno y bondadoso, cualidades, que sabe muy bien compaginarlas con una energía de hierro, cuando se trata de defender los derechos de la Iglesia, condenar los errores y hacer frente á las herejías. Su trato es expansivo y jovial; su palabra ardiente y llena de unción apostólica, que abrasa y enciende los corazones de los que tienen la dicha de oír sus amorosas y sabias enseñanzas; su elocuencia, no es elocuencia humana, de ruido de palabras, sino elocuencia del cielo, llena de espíritu, que mueve las almas y trueca los corazones.

Aún suenan en nuestros oídos aquellas palabras amorosas y llenas de un santo cariño, que al mismo tiempo que nos hablaba como maestro, nos avisaba como padre, y lo que entonces sentía nuestro corazón al encontrarnos en presencia del Pontífice suave y enérgico, no es para decirlo, es sólo para sentirlo, para renovar en el alma aquellas gratas impresiones, para poner en práctica aquellos saludables consejos. Cada vez que oíamos la ardiente palabra de los labios de Pío X, nos parecía hallarnos en presencia del gran S. Francisco de Sales. ¡Cuántas veces se han encendido en nuestro corazón deseos vivísimos de encontrarnos al lado del Papa, al recordar aquellas tiernas escenas, en que Pío X, nos tenía á su alrededor, como un Padre rodeado de sus hijos!

Elevado Pío X al solio pontificio, no se desdeñó de comunicarse con su amado pueblo. Apenas pasadas las visitas, y audiencias de etiqueta, quiso el Papa recordar las dulzuras que experimentara un día en sus predicaciones; y diciendo que entonces era más que nunca párroco, llamó á su presencia á todos los fieles de Roma, con el fin de explicarles el Evangelio y el Catecismo. Todos los domingos por la tarde llamaba á una parroquia, y la congregaba en uno de los patios del Vaticano, para explicar el evangelio de la dominica; siguieron después en turno los colegios de niños, niñas, comunidades religiosas y Seminarios. En sus alocuciones á sacerdotes y Seminaristas, siempre salen de sus labios exhortaciones á la santidad y á la ciencia, pero primero á la santidad que á la ciencia.

La sencillez y modestia de Pío X es la que le ha caracterizado en toda su vida, y el que no permitió siendo Obispo y Cardenal, que sus hermanas hicieran ostentación alguna que no correspondiera con la

modesta condición de su familia, mañana tendrá en su fiesta, en la Basílica Vaticana, á sus hermanas también vestidas como nuestras mujeres de pueblo, en lugar preferente, entre los lujosos trajes de la nobleza romana.

Este es el gran Pío X, que si admira el mundo por su fortaleza, no lo hace menos por su sencillez y mansedumbre.

M.



Pío X sabio

Al aparecer el Decreto *Lamentabili sane exitu* de la Sagrada Congregación del Santo Oficio y la Encíclica *Pascendi Dominici gregis* se afirmó hasta la saciedad que el Catolicismo atraviesa una *crisis* funesta. Si crisis quiere decir peligro, empeño del error y de la heregía en destruir los dogmas fundamentales de nuestro Credo, verdaderas moles de granito sobre que descansa la Iglesia, el Pontífice Pío X reconoció su existencia y con los dos mencionados documentos ha anunciado al mundo entero la condenación de errores tanto más graves porque de un modo artero y subversivo eran defendidos con una constancia envidiable y con un aparato científico nunca visto por los mismos adeptos del Catolicismo.

Un número considerable de católicos, jóvenes algunos, dotados en su mayoría de una cultura filosófica superficial y dominados todos por el orgulloso y lamentable espíritu de independencia que habían bebido con el racionalismo de la escuela de Kant y con el sentimentalismo de Hamilton, se habían asociado para preparar una revolución doctrinal en el seno de la Iglesia Católica, procurando para conseguirlo conquistar á algunos miembros del Clero, que fueron luego decididos propagandistas. *Loisy, Fiebig, Rifame, Le Roy y Lechartier* en Francia; *Murri y Fogazzaro* en Italia; en Alemania *Schell*, y *Tyrrell* en Inglaterra, han levantado y sostenido con valor los errores funestos que el Pontífice condena bajo el nombre de *Modernismo*, denominación muy adecuada para indicar la síntesis aparente del sinnúmero de opiniones que une en fraternal abrazo á los innovadores del nuevo continente con los Murristas de Italia y con los hipercríticos de Munich, formando un abigarrado conjunto de escritores contra la autoridad de la Iglesia, contra la doctrina tradicional y á favor de la deformación arbitraria de la Historia.

Contra esa innumerable multitud de errores, tan difíciles de reducir á sistema, por ser distintos sus fundamentos, diversas sus aplicaciones inmediatas y aun los procedimientos de su desarrollo; contra el cúmulo de negaciones que el *Modernismo* presenta, partiendo de una revelación inmanente y del sentimiento instintivo de fe que se desenvuelven por evolución hasta querer constituir un sistema puramente racional de dogmas; en frente de las pretensiones sobradamente exageradas de esos nuevos partidarios del Racionalismo en detrimento de la Revelación divina, nuestro sabio Pontífice el ilustre *Pío X* levanta un tesoro de afirmaciones, perfectamente sistematizadas, claramente expuestas, é inimitablemente demostradas, presentando en una difícil síntesis la variedad de opiniones, afirmaciones y errores que el pretencioso *Modernismo*, aún habiéndolos producido ha sido incapaz de reducir á sistemas y poniendo al descubierto con pulso seguro los males que encierra tan funesta heregía, su origen, su naturaleza, sus causas y los remedios que deben poner en práctica los hijos de la Iglesia para librarse de la influencia maléfica de tan deletéreas doctrinas.

Los fundamentos de la Revelación y del orden sobrenatural habían sido socavados por el *Modernismo*; con el pretexto de dignificar la razón y la personalidad del hombre, rechazan los modernos herejes como imposible la certeza objetiva y aplican el *inmanentismo*, que es incompatible con la ley de la creencia, á la apologética. *Pío X* reconoce que hay una armonía prodigiosa, inmanente, si se quiere, entre Dios y el hombre fundada en la relación de causalidad que produce la dependencia; entre la religión y las aspiraciones sociales, entre el sentimiento religioso que un espíritu recto desarrolla en sí mismo y la Iglesia católica; pero el testimonio de Jesucristo, de los Apóstoles, de la Tradición y aún de la recta razón los declara intangibles, robusteciendo de este modo la apologética tradicional, que apoya la fe sobre los motivos objetivos de credibilidad y levantando un monumento de saber, sólidamente edificado sobre bases incommovibles.

Y no es que el Pontífice desprecie la investigación propia y el estudio de la autenticidad de los motivos de nuestras creencias. Amante como el que más de los estudios fundamentales, ha creado la *Facultad de Sagrada Escritura* para que los entendimientos mejor dispuestos puedan ensanchar sus conocimientos. A la manera que el inmortal *León XIII* salió al encuentro del positivismo moderno no negando los legítimos fundamentos en que este error apoyaba alguna de sus afirmaciones, sino creando el *Instituto superior de filosofía de Lovaina* don-

de con el estudio de la Biología, Histología normal y celular, Antropología, Psicología comparada y experimental de todas las ciencias físico-naturales pudiera la filosofía escolástica *modernizar* los argumentos en que apoya sus principios indestructibles, dando con eso á entender que la Iglesia no es enemiga del verdadero progreso científico, ni se encierra como el caracol en su concha prescindiendo de la realidad en el avance de las ciencias; así *Pío X* recomienda el estudio de las lenguas orientales y especialmente del hebreo, syrio, caldaico y griego, de la filología comparada, arqueología y numismática, para que la forma nueva con que la moderna crítica presenta sus argumentos contra la autenticidad de los Libros Santos, pueda ser debidamente aquilatada, discutida y contestada, dejando, por otra parte, bien definidos los errores que no se pueden admitir ni bajo el pretexto científico y el aparato crítico con que los presentan sus factores y que se hallan claramente contenidos en las 65 proposiciones condenadas por el decreto *Lamentabili*, verdadero *Sylabus* de *Pío X*.

Los profundos conocimientos teológicos y filosóficos del Pontífice gloriosamente reinante se manifiestan en cuantos escritos brotan de su pluma de oro, en los cuales se presenta profundo conocedor de los males de la sociedad y, lo que es más admirable, hábil definidor de los remedios que deben aplicarse para curar sus llagas. Los que en los comienzos de su pontificado se afanaban en buscar antagonismos entre *León XIII* y *Pío X*, ensalzando las admirables dotes del primero, no para sublimarle sino para socavar los fundamentos de la gloria de nuestro Padre, han debido confesar su equivocación y constituir ellos mismos el pedestal donde debe levantarse la helénica figura de *Pío X el Sabio*.

FEDERICO DALMAU, PBRO.

Pío X y la acción social

Misión divina de la Iglesia católica es la de conducir á los hombres por los senderos de la Fé y de la Caridad, senderos que nos conducen como á último término á la posesión eterna y feliz de Dios, á nuestra bienaventuranza eterna.

Esa misión divina entraña otra no menos divina aunque al parecer de objetivo humano, cual es la de civilizar y pacificar á los pueblos,

afianzando los fundamentos de la humana sociedad y encaminándola hacia su legítimo y verdadero progreso tomando por guías el amor y la justicia: el Evangelio es el gran programa, el único y verdadero programa de civilización y pacificación universal, el único apropiado y aplicable programa de acción social.

Esta misión civilizadora y pacificadora, el procurar la armonía entre las diversas clases sociales, el dirigir á la humana sociedad por los caminos del progreso, no ha sido nunca olvidada por los que en la Iglesia han ejercido el Supremo Apostolado y han sido revestidos por el mismo Dios con la autoridad de Maestros de la humanidad toda; y las sociedades y los pueblos han brillado en civilización y han marchado al frente del progreso cuando se han dejado guiar por las luces del Pontificado, que no son otras que las hermosas y vivificantes del Evangelio.

A la brillante pléyade de Papas sociólogos, de Papas que se han interesado por la acción social, hay que agregar á nuestro actual Pontífice, á nuestro amadísimo Padre Pío X.

Nuestro Soberano Pontífice aparece en la historia de la humana civilización y de la paz universal como un apóstol celoso é infatigable, como un héroe á quien ya la humanidad toda ofrece los laureles del triunfo, y que acrecentará Dios con otros inmarcesibles, eternos.

Su lema pontifical es la más bella síntesis de la obra social que vino á desarrollar y que con acierto sumo va desplegando: «Instaurare omnia in Christo».... ¡Qué ideal más bello para la humana sociedad! ¡Qué caudal de paz no ha de proporcionar á los hombres todos ese hermosísimo lema! ¡Cuánta felicidad gozarían los hombres si todos se restauraran, se formaran en el Modelo Cristo Jesús! ¡Y á qué grado sublime subiría la civilización si todos los pueblos tomaran á Cristo por enseña!

A eso vá Pío X, á reformarlo todo, todo en Jesucristo; á trabajar para que reine la verdad en los entendimientos, á que el Amor habite en todos los corazones, á que los hombres sean *uno*, uno solo como si entre ellos no hubiese más que un espíritu y un corazón.

Ese ideal de nuestro Pontífice, ese ardiente deseo de restaurar todas las cosas en Jesucristo, nos revela al eminente sociólogo, al Padre amantísimo de la sociedad humana, porque esta alcanza su perfección suprema al colocarse reformada en Cristo bajo la enseña del Crucificado; y ese ideal lo va desplegando Pío X con un celo y una constancia nunca jamás bastante ponderados. Cada uno de los actos de nues-

tro Papa, cada una de sus alocuciones consistoriales, uno á uno todos sus escritos y una á una sus admirables Encíclicas son espléndidas manifestaciones de su trabajo social, de su interés sumo por la humanidad toda.

Y si tratamos de concretar sus actos de apostolado social sentimos faltarnos las fuerzas; son innumerables los por él realizados en el período de su Pontificado, que si resulta corto por los años transcurridos, es inmenso por la obra realizada.

Recordemos algunos: el «Motu proprio» sobre el «Ordenamiento fundamental de la acción popular cristiana» cuerpo sintético de doctrina fecunda para el desarrollo de la acción católica, las palabras de aliento dirigidas á fomentar las asociaciones para la difusión de la buena prensa y aniquilamiento de la mala, á las Ligas católicas, á los periodistas y escritores católicos, para que difundan por todas partes las virtudes y verdades cristianas; sus palabras dulces como de Padre cariñoso, á la par que vibrantes de entereza como de Maestro para acallar las disputas, desvanecer las diferencias entre católicos; su interés por la unión de todos para hacer más eficaz la acción católica; los sapientísimos consejos y orientaciones sobre esta acción dados á los Obispos y fieles de Italia, á los párrocos de España y Francia, á algunos Prelados españoles, á los hombres de acción de todas partes...

¿Y no es también una prueba evidentísima de su interés por el orden social el resistir al ateísmo y jacobinismo modernos que intenta avasallar á Francia? ¿No lo es también la condenación de los absurdos y antisociales errores del modernismo?

Pío X quiere hacer de la sociedad humana una sociedad cristiana; así logra la civilización y pacificación de la misma; y para el mejor éxito de su obra se fija en la niñez de hoy que será la sociedad de mañana; á esa niñez quiere hacerla cristiana; mandando que se la eduque con las enseñanzas de la Iglesia católica; nada le pasa desapercibido, á todo atiende, porque ama.

Y mientras dispone lo mejor para el logro de sus deseos en lo que se refiere á lo que podríamos llamar ordenamiento externo de la sociedad, legisla también sobre lo que ha de ser como base de aquella acción; entra dentro del cuerpo de la Iglesia y prescribe las reformas necesarias adaptándolas á las exigencias de nuestros tiempos, obliga á los ministros de Cristo, pastores de las almas, á que se imbuyan ellos de una manera especial del espíritu de su Maestro, para que sean aptos para desempeñar debidamente su ministerio.

Así es sociólogo nuestro Pontífice; así debemos tributarle nuestro homenaje más sincero los que deseamos la restauración completa de la sociedad, y á él debemos acudir en busca de luces y energías cuantos aspiramos á hacer algo en bien de nuestros hermanos, que debemos ser todos, todos los católicos.

Pio X nos dirá: «Tomad mi lema, restaurad todas las cosas en Cristo, revestíos del Amor, y lograreis vuestros deseos».

Los nuestros son de cooperar según la medida de nuestras fuerzas á la obra Pontificia, por eso hacia Pio X dirigimos nuestras miradas.

F. TRIGÁS, PBRO.



PIO X MÚSICO

Alguien tal vez tome por denigrante para el Papa Pío X el epíteto de Papa *Músico* y creerán muchos que le iba á cuadrar mejor el de *Restaurador* de la Música religiosa.

Convengo en que no le va mal el segundo título, sin que por eso deje de sentarle muy bien el primero.

El célebre académico francés Mr. Camilo Bellaigue, en un estudio que publicó en la *Revue des Deux Mondes* en 15 de Septiembre de 1907, no tenía reparo en poner á Pio X al lado del Papa-músico por antonomasia San Gregorio, diciendo que al ocuparse más tarde la historia del primero le colocará, como al segundo, al mismo rango de aquellos jefes del pueblo de Dios que el Eclesiástico ha titulado *viros gloriosos et parentes nostros..... in peritia sua requirentes modos musicos*: Añadiendo pronto que «Pio X une á toda su autoridad toda experiencia. Familiar con la tradición y la doctrina, la misma práctica de la música en nada le es desconocida», de modo que no vacila Bellaigue en apellidarle «*Cantorum puritissimus.*»

No faltó quién se extrañara de que no tomase el nombre de Gregorio, cuando fué elegido Papa; mas, Pio X se excusó con graciosa humildad, al ser preguntado por ello en una de las primeras audiencias, que dió después de su elevación al Trono pontificio, y ciertamente que lo hubiese llevado dignamente, concluye el arriba citado académico.

Con todo eso no impide de que la historia, que se encargó de darnos á conocer la parte que el gran Pontífice del siglo VIII tomó en la recopilación de las melodías, que usaba la Iglesia en los actos del culto, hasta trasmitirnoslas con el nombre de *Canto gregoriano*; se encar-

que así mismo de señalar á la posteridad el influjo que ha ejercido y la parte que ha tomado el primer Papa, elegido á comienzos del siglo XX, en la restitución de las mismas melodías sagradas á su primitiva pureza y esplendor, indicándolo con el nombre de *Restauración piana*.

Si seguimos paso á paso la vida del Papa veremos como en todas las etapas de la misma rinde culto al divino arte.

¿Qué mucho, pues, que, al serle éste tan familiar, procurara en todas ellas y mucho más, al ser elevado á la dignidad de Supremo Gerarca de la Iglesia que la música sagrada no anduviese tan profanada y descuidada y revistiese de nuevo las galas de su primitivo decoro y esplendor.

Pio X, nacido en una población de campaña de ese bello país meridional, en que se habla cantando y se canta hablando, llamado Italia, en sus primeros años se dedicó á aprender las humanas y divinas letras, juntamente con el estudio de la música, de modo que al comenzarle á seguir sus huellas desde que le vemos ordenado de clérigo, le encontraremos luego de profesor de canto en el Seminario de Padua.

Contribuyó no poco á que dicho Seminario se puede proponer como modelo en lo que al canto se refiere, pues dice en uno de los estatutos de su *Institutionum ad Universum Seminarii Patavini regimen pertinentium epitome*.

(Parte 1) «Lectionem cantus, qui dicitur firmus, omnes *quotidie* audiant; qui vero a Rectore, de consilio Magistri musices idonei iudicati fuerint, etiam ejus, qui figuratus appellatur..... Moneanturque omnes, cum in poterum ordines sacros suscepturi fuerint, etiam de peritia cantus, illis examen esse subeundum.»

De cuando Pio X fué vicario de Tómbolo escribe el Rdo. Giovanni M.^a Ziliotto actual Arcipreste «D. Giuseppe Sarto, un tempo coadjutore qui, ed ora Pio X, fu sempre molto appassionato nelle cose sacre, compresa anche la Música. Si occupó nel dar lezioni, ma piú di tutto nel far imparare á memoria tante lode alla Vergine che tutt' ora si cantano. Insegnó anche una Messa in canto gregoriano: diversi Pange lingua, etc. etc.»

Siendo cura-párroco de Zalzano se dedicó aún con mayor ahinco si cabe á la enseñanza de los cantos que su celo le indicaba, puesto que tenía alguna independencia y libertad en el obrar.

Nueve años más tarde, al ocupar una canongía en la catedral de Treviso, le vemos desempeñar de nuevo la cátedra de profesor de canto litúrgico en este Seminario, como le vimos en el de Padua cuando

Seminarista aún, y fué uno de los más entusiastas adherentes al primer Congreso gregoriano que se celebró en Arezzo en 1882.

Cuando Obispo de Mantua exhortaba al pueblo á que tomase parte activa en el canto de las partes fijas de la Misa; *Kyries, Gloria, Credo, Sanctus y Agnus*; en las *Vísperas, Tantum ergo, Veni Creator, Te Deum* etc. De él nos dice el Vizconde de Colleville en su obra *Piè X intime* «La Música Sagrada encontró en el Obispo de Mantua un verdadero reformador. El desterró la música usual profana sustituyéndola por los coros de los clérigos jóvenes. En los primeros años él mismo daba lecciones, y aprovechaba el tiempo para copiar las partes; él pasaba las velas enseñando el Canto llano á los Seminaristas.»

Mas, el documento que le dió nombradía mundial fué la célebre pastoral que siendo Patriarca de Venecia publicó el 1.º de Mayo de 1895, á la que se puede llamar su *Motu proprio veneciano*; que se apresuraron á publicar todas las revistas músico-religiosas del Orbe. En ella dá diez disposiciones para la mejor interpretación del Reglamento que, sobre la música de iglesia, publicó la S. Congregación de Ritos á 21 de Julio de 1894, y además cinco ordenanzas que debían cumplirse estrictamente en todo el Véneto. Su lema fué entonces *Sancta sancte*.

Entremos ya de lleno en la etapa de su Pontificado. Aquí habría tanto que decir que es imposible refundirlo en un artículo.

Del Papa como á Músico nos dice uno de los Biógrafos, que más íntimamente conocen la vida de Pio X. «Pio X toca muy agradablemente el Organo y desde el primer día de ser Papa se ha entretenido largamente con el Abate Perosi para hacer instalar un juego de Organo dentro de un departamento, vecino al aposento que habita. El mismo Perosi, cuando el Soberano Pontífice tiene algunos instantes libres, le hace oír sus más bellas composiciones,» *Piè X intime* (pág. 202).

Si ahora consideramos á Pio X como Restaurador de la Música Sagrada, ¿quién ignora su primer documento musical-litúrgico dado á luz pocos meses después de su elevación á la Silla de Pedro?

¿Quién desconoce el célebre *Motu-proprio* que desde el 22 de Noviembre de 1903 está llenando el mundo?

No hay Congreso musical, reunión de músicos, conversaciones particulares entre éstos, discusiones de arte, función religiosa que se celebre, en que no salga á relucir el *Motu-proprio*.

Y que el Papa persiste en su empeño de llevar la restauración del arte religioso-musical hasta llevar su idea de *Instaurare omnia in Christo* lo prueban la multitud de documentos que referentes al mismo ha sancionado con su firma.

Ya en 1905 poco más de un año después de su elección, le contábamos más de 20 de ellos, que hoy se han duplicado con creces.

Unas veces serán en forma de *Breve* dirigidos sea al Cardenal Fischer de Colonia; á Dom Pothier de Dongelberg; Dom Delatte de Solesmes; sea á Charles Bordes; á Haberl; á P. Wagner, etc.

Otras en forma de *Autógrafos* á la Rassegna Gregoriana de Roma; á la Gregorianische Rundschau de Graz; á P. W. de Friburgo; á la Abadesa de Stanbrook, etc.

Ya en forma de *Cartas* al Cardenal Vicario; á la Schola cantorum de París; á Mgr. Foncau al Cardenal Mercier de Malinas; á la *Gregoria Congregation* de Covington, etc, etc.

Ya en forma de *Decreto* aprobando los libros de canto litúrgico salidos de la Imprenta Vaticana, como el Kyriale; Commune Sanctorum; Gradual; cantos del Misal, tonos de la Misa, etc.

No ha dejado de animar asimismo á todos los que se han reunido en Congresos musicales, sean generales como los de Estrasburgo, Turín, Milan, Buenos Aires, Valladolid y Sevilla, que actualmente se celebra, etc; sean regionales como los de Arras, Padua, Bérgamo, Ferrara, etc, etc.

Secundemos nosotros los deseos del Papa que tanto empeño pone en darnos pura la formula de la oración que más agrada á Dios, la oración cantada, para ver de convertir los templos en un paraíso anticipado y ya que los ángeles le cantan en el cielo sus alabanzas, imitémosles nosotros en la tierra, procurando que nuestros cantos sean dignos del templo, imitando á nuestros antepasados en la fé, que cantaban como oraban y oraban como creían, de modo que ayudando los piadosos anhelos de nuestras almas oremos cantando y cantemos orando.

Oh! como el Papa agradecería nuestro obsequio, si viese que así secundamos sus deseos en su Jubileo Sacerdotal.

Dominus conservet Eum et beatum faciat Eum in terra.

MIGUEL RUÉ, PBRO.



Tu es Petrus...

Los vientos de impiedad huracanados
Los mares en sus senos conmovían,
Y olas levantando cual montañas,
Del mar mostraban las profundas simas:

Rebátense las olas encrespadas,
Deshechas en espuma y convertidas
En furias verdaderas del averno,
En mónstruos infernales, en harpías,

En sierpes gigantescas que, enlazadas,
Furiosas entre sí se retorcián,
Y roncaban los mares con estruendo;
Los vientos y huracanes roncós silban,
Y furiosas las olas azotando
Con rabia los peñascos rebatían,
Y en su loco furor contra las peñas
Las naves ¡ay! destrozan y aniquilan,
Es todo confusión, terror y espanto.
¡Ah de la nave entre el furor perdida!

.

Por entre negras olas y huracanes,
Que roncós con su voz furiosos silban,
¡Ay! dando grandes tumbos y mil saltos
Parece zozobrar una barquilla....
Un piloto de aspecto venerando,
De mirada serena y frente altiva,
El timón manejaba de la nave,
Que entre escollos ligera se desliza,
Mirando sin temor como se hunden
Del ronco mar en las profundas simas
Mil naves, que los vientos desafiaron,
Rotas en mil añicos y mil trizas...
De lo alto de los cielos una estrella
La nave con sus rayos ilumina.

.

¿A dónde vas? ¡oh nave! ¿qué pretendes
Juguete de huracán que ronco silba?
Pretenderás tal vez surcar los mares
Y sepultarte en sus profundas simas?
¿Quién eres tú, piloto venerable?
¿Quién eres tú, ¡oh fragil navecilla!
Que no temes del mar los huracanes,
Que no temes del mar las negras simas?
La nave respondió: yo soy la Iglesia

El Papa es el piloto que me guía...
El piloto eres tú, gran Pio décimo,
Que de Pedro diriges la barquilla
Y entre peñas la guías y borrascas
Salvada con la luz, que un Dios te envía.
Los vientos y huracanes de la Francia
Pretenden con furor y rabia impías
Hundirte en los abismos y estrellarte
Con esta nave en las profundas simas:
Sí, también estrellarte pretendieron
De Italia los impíos modernistas,
También entre peñascos y entre rocas
Quisieron sepultarla y sumergirla;
Mas ¡ay! los infelices, que no vieron
No puede sumergirse la barquilla!
Atrás pues, oh impíos de la Francia:
Atrás también, vosotros modernistas;
Atrás tú, Clemenceau; atrás tú, Cómbes;
Atrás, abate Murri y compañía;
Atrás los Dioclecianos y Nerones
Y todos los Julianos de estos días;
Atrás una y mil veces, que la Iglesia
Fundada está sobre la roca viva,
Y nada han de poder en contra de ella
La saña y el furor y rabia impías.
Pasarán los impíos de la Francia
Y pasarán también los modernistas
Pero... no pasará jamás la Iglesia,
Que un Dios fundó sobre la roca viva;
Se estrellarán rabiosas contra de ella
Del averno las furias maldecidas:
Mas ella marchará con pompa y gloria
Por sobre sus ruinas y cenizas.
Así lo dijo un Dios... y su palabra
No faltará jamás, porque es divina.

ARCOS

FUNCIÓN JUBILAR.—El próximo lunes, 16 del corriente, se celebrarán en nuestra Santa Iglesia Catedral Basílica solemnísimos cultos para festejar el Jubileo Sacerdotal de Nuestro Santo Padre Pio X (q. D. g.).

A las diez de la mañana celebrará Misa Pontifical nuestro Ilmo. y Rdm. Prelado; la Capilla de música de la propia Iglesia cantará una misa á gran orquesta; predicará el M. I. Sr. Dr. Jaime Cararach é Iborra, Pbro., Dean de la misma iglesia.

Por la tarde á las 6 se cantará el Trisagio por la referida Capilla y predicará el M. I. Dr. D. Agustín Maymí y Calvet, Pbro., Lectoral de la propia iglesia; terminará la función con solemne reserva de S. D. M.

Nuestro Ilmo. y Rdm. Prelado concede 50 días de indulgencia por cada uno de los mencionados actos á los fieles que devotamente concurren á ellos.

